

La Novella
ESPANOLA

REVUE BIMENSUELLE

N°
10



QUEVEDO

LA VIDA

DEL

BUSCON

35
Fr.

ARGÜELLO

Novela ESPAÑOLA

PUBLICACION QUINCENAL

DIRECTOR :

A. FERNANDEZ ESCOBES

COLABORADORES :



451019924

BIBLIOTECA TOULOUSE



Instituto
Cervantes

icos, los
de la no-
siguientes
os :

AR
A
MIINT
UA
IN
LA
ONA
OSADA
PAZO
RIZ
NA
IN
DAS
DER
LID

Dr. Félix MARTI IBAÑEZ

Alvaro de CERRIOLS

José María P...

Mateo SANTOS

Arturo SERRANO PLAJA

Eduardo AMACOIS

DIJANTE :

Antonio ARGÜELLO

PROXIMO NUMERO :

LA CÉLEBRE
NOVELA CORTA DE



JAVIER VALCARCE

GEORGICA

Subscripciones, correspondencia y giros (C. C. P. 1254-71) al Administrador :
LA NOVELA ESPAÑOLA : 17, Rue Dieu, TOULOUSE (Hte-Gne)

La Novela
ESPAÑOLA

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

**HISTORIA
DE LA VIDA DEL BUSCON**

llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños (*)

NOVELA PICARESCA

(Prólogo de ANTONIO ESPINA)

(LIBRO SEGUNDO)

(*) *Tacaño* : El bellaco que es astuto y engañador. Covarrubias. « Tesoro de la lengua castellana (1611).



LA NOVELA ESPAÑOLA
17, RUE DIEU - TOULOUSE

N.º 10

EXTRAORDINARIO

Tous droits de traduction, de reproduction et d'adaptation réservés pour tous les pays, y compris la Russie.

Copyright by LA NOVELA ESPAÑOLA, 1948.

Dépôts légal, troisième trimestre 1948.

N U M E R O S

P U B L I C A D O S :

1. A. FERNANDEZ ESCOBES : *¿Para quién te pintas los labios, Mari-
lena?*. — 2. EDUARDO ZAMACOIS: *El hotel vacío*. — 3. ANTONIO
MACHADO: *Campos y Hombres de España*. — 4. MATEO SANTOS:
Conquistadores de arena. — 5. LOPE DE VEGA: *Fuenteovejuna*. —
6. VICTOR ALBA : *La Muerte falsificada*. — 7. EUGENIO NOEL :
El allegretto de la Sinfonía VII. — 8. RAMON J. SENDER :
El Vado. — 9. FRANCISCO DE QUEVEDO : *Historia de la Vida
del Buscón* (libro primero).

I m p r i m é e n F r a n c e



LA VIDA DEL BUSCON

(LIBRO SEGUNDO)

CAPITULO I

En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres.



O primero has de saber que en la corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos

géneros de gentes — como yo — que no se les conoce raíz ni mueble ni otra cosa de la que descenden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombre: unos nos llamamos caballeros hebernes; otros hueros, chanflones (*), chirles, traspillados (**), y caninos (***). Es nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran tra-

bajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones y convidados por fuerza; sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro y representamos un capón: entrará uno a visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, mondaduras de frutas, la puerta embrazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de día. Reñimos en entrando al huésped: « ¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? — Perdone v. m., que han comido aquí unos amigos, y estos criados... » etc. Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite.

« Pues ¿qué diré del modo de

(*) *Chanflón*: Lo tosco, basto, mal formado.

(**) *Traspillados*: Debilitados por falta de alimento.

(***) *Caninos*: Hambrientos.

comer en casas ajenas? En hablando a uno media vez, sabemos su casa, y siempre a hora de mascar — que se sepa que está en la mesa — decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no; si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes vigiliass; si han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan o carne, o lo que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado, decimos: « Ahora deje v. m., que le quiero servir de mastresala; que solía, Dios le tenga en el cielo — y nombramos un señor muerto, duque o conde —, gustar más de verme partir que de comer. » Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: « ¡ Oh qué bien huele! Cierto que haría agravio a la guisandera en no probarlo: ¡ qué buena mano tiene! » Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada; no la tomamos en público, sino a lo escondido, haciendo creer a los frailes que es más devoción que necesidad.

« Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes y solemniza las cosas del que gana,

todo por un triste real de barato (*).

« Tenemos de memoria para lo que toca a vestirnos toda la roparía vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sanamos: que como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas a la mañana a su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos e hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba a las calzas; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire, y de subir por escaleras claras o a caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en día claro andamos con las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia; *verbi gratia*: bien ve v. m. esta ropilla; pues primero fué gregüescos, nieta de una capa y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas (**), y otras muchas cosas. Los escarpines (***) primero

(*) *Barato*: Propina que dan los jugadores a los que sirven ó asisten al juego.

(**) *Soleta*: La planta de la media.

(***) *Escarpín*: La funda de lienzo que ponemos sobre el pié debajo de la calza... » Covarrubias.

son pañizuelos, habiendo sido toallas y antes camisas, hijas de sábanas, y después de esto nos aprovechamos para papel, y en el papel escribimos y después hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas? Que no hay más pelo en ellas que en un guijarro, que es Dios servido de darnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Y por no gastar en barberos prevenimos siempre de aguardar que otro de los nuestros tenga pelambre y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: « Ayudaos como buenos hermanos. » Y tenemos cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo.

« Estamos obligados a andar a caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y a ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla o trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo (*) con todo el pescuezo de fuera, haciendo cortesías por que nos vean todos, y hablando a los amigos y conocidos aunque miren a otra parte.

« Si nos come (**) delante de algunas damas, tenemos trazas

para rascarnos en público sin que se vea; si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte a tal parte, y señalamos con las manos aquellas que nos comen; rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos *sanctus* aunque sea en el *introibo*; levantámonos y arrimándonos a una esquina, en són de empinarnos para ver algo, nos rascamos.

« ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca: encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos, y advertimos que los tales señores, o estén muertos o muy lejos. Y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramus sino de *pane lucrando*, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en recuesta (***) con una bodegonera por la comida, con la huéspedada por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco y bebiendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas.

« Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar a un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno porque así es gran ornato de la persona, y después de haberle vuelto de una parte a otra, es de sustento porque

(*) *Estribo*: Asiento junto a la portezuela.

(**) *Comer*: Tener comezón o picores.

(***) *Recuesta*: Demanda de amores.

se ceba el hombre en el almidón, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero, en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey con poco que tenga. »

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con otras, me llegué a pie hasta Las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca, y yo me hallaba obligado a sus avisos, porque con ellos abrí los ojos a muchas cosas, inclinándome a la

chirlería (*). Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habían de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor, para introducirme en la corte con los demás cofrades del estafón, y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, a obligarle a mi amistad.

Compréle del huésped tres agujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

(*) *Chirlería* : « Estafa » y « merodeo » en lengua de germanía.

CAPITULO II

De lo que me sucedió en la corte luego que llegué hasta que anocheció.

A LAS diez de la mañana entramos en la corte; fuímonos a apeaar, de conformidad, en casa de los amigos de don Toribio. Llegamos a la puerta, y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habían ido a buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo él en animarme a la profesión de la vida barata, y yo en atender a todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, más raída que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía (1), de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual — diciendo que era licencia para pedir para una pobre — los había allegado; vació el guante y sacó otro, y doblólos a usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté que

no se desarrebozaba, y pregunté — como nuevo —, para saber la causa de estar siempre envuelto en la capa; a lo cual respondió: « Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de rebozo la cubré, y así se puede andar. » Desarrebozóse y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque eran a modo de ellas, cuando él — para entrarse a espulgar — se arremangó y vi que eran dos rodajas de cartón, que traía atadas a la cintura y encajadas a los muslos, de suerte que hacían apariencias debajo del luto (2), porque el tal no traía camisa ni gregüescos; que apenas tenía que espulgar, según andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla, como las que ponen en las sacristías, que decía: « Espulgador hay »; porque no entrase otro. Grandes gracias di a Dios, viendo cuánto dió a los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas. « Yo — dijo mi buen amigo —

(1) *Germania*: Lenguaje especial usado por las asociaciones de pícaros.

(2) Traje de *luto*: Capuz, capa cerrada larga.

vengo del camino con mal de calzas; y así, me habré de recoger a remendar. » Preguntó si había algunos retazos; y la vieja — que recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los caballeros — dijo que no, y que por falta de trapos se estaba, quince días había, en la cama, de mal de ropilla, don Lorenzo Iñiguez del Pedroso.

En esto estábamos cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero, prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de (3) los demás, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traía — mire v. m. quién tal pensara — la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa; y él con gran disimulación dijo: « Haráse a las armas, y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba. » Yo dije que por galantería y por dar lugar a la vista. « Antes por estorbarla — dijo —; sepa que es por que no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver. » Y diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquéllas. Traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecía; escribía nuevas que inventaba a las personas más honradas, y dábales en aquel traje, cobrando los portes, y esto hacía cada mes:

cosa que me espantó ver la novedad de la vida.

Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valón (4), y su capa de lo mismo, levantado el cuello, por que no se viese el angeo (5), que estaba roto. Los valones eran de chame lote (6), mas no eran más de lo que se descubrían, y lo demás de bayeta colorada. Este venía dando voces con el otro, que traía valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa, y una muleta, con una pierna liada en trapajos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas; contaba extraños servicios suyos, y a título de soldado entraba en cualquiera parte. Decía el de la ropilla y casi gregüescos: « La mitad me debéis, o por lo menos mucha parte. Si no me la dais, juro a Dios... » « No jure a Dios — dijo el otro —; que en llegando a casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos. » Si daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos a los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado: « ¿ A mí chanzas? No llevaréis ni medio. Han de saber vs. mercedes que estando en San Salvador llegó un niño a este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento a que le vió no sé qué cosa que traía en las manos.

(3) *De*: Por.

(4) *Valón*: Cierta género de zaragüelles o de gregüescos al uso de los valones.

(5) *Angeo*: Tela de estopa o lino basto.

(6) *Chamelote*: Tejido de pelo de camello, o de pelo de cabra y lana.

Llevómele, y dijo — nombrándome alférez —: « Mire v. m. qué le quiere este niño »; y como le entendí, dije que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos; y respondí a su madre, que los enviaba a alguno de aquel nombre. Pídeme ahora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices. » Juzgóse la causa en su favor: sólo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase a la vieja

para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse está vedado.

Llegó la noche; acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los más; que con acostarse como andaban de día cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO III

En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos.

AMANECIÓ el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos, — que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas. Era de ver a uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración a cada uno, como sacerdote que se viste; a cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía a hallar, adonde menos convenía, asomada; otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él.

Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron aguja e hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro. Cuál, para culcursirse debajo del brazo, estirándole se hacía L. Uno, hincado de rodillas, remedaba un cinco de guarismo: socorría a los cañones (7); otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas se hacía un ovillo: no pintó tan extrañas posturas Bosco (8) como yo vi; porque ellos cosían, y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos (9) de diferentes colores, los cuales había traído el soldado. Acabóse la hora del remiendo —

(7) *Cañones*: Par de medias de seda usadas antiguamente; muy largas y ajustadas.

(8) *Bosco*: Pintor de la escuela holandesa (1450-1516).

(9) *Arrapiezo*: Pedazo que cuelga por estar roto y hecho jiras el vestido.

que así la llamaban ellos —, y fuéronse mirando unos a otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo dije que quería trazasen mi vestido, porque quería gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana. « Eso no, dijeron ellos: el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luego, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille. »

Parecióme bien: deposité el dinero, y en un instante, de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el herreruelo, quedó bueno. Lo que sobró de él trocaron a un sombrero viejo reteñido; pusieronle por toquilla (10) unos algodones de tintero muy bien puestas. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas (11) con cuchilladas no más de por delante; que lados y traseras eran unas camuzas. Las medias calzas de seda aún no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto, de puro roto; pusieronmele, y dijeron: « El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. V. m., si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol; si fueren dos y miraren por los lados, saque pies; y para los de atrás traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente: y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que

porque puede andar con la cara descubierta por todo el mundo. » Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso y otros retacillos y un cuchillo; pusieronme una esquila en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo: « Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos: en ésta se encierra todo nuestro remedio: tómela y guárdela. » Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros; aunque por ser nuevo me dieron — para empezar la estafa, como a misacantano — por padrino el mismo que me trajo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado: a todos hacíamos cortesía; a los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo a sus capas; a las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho más. A uno decía mi buen ayo: « Mañana me traen dineros »; a otro: « Aguárdeme v. m. un día, que me trae en palabras el banco. » Cuál le pedía la capa, cuál le daba priesa por la pretina: en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera a otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada y otro el de las sábanas y camisas: de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula.

(10) *Toquilla*: El adorno que se ponía alrededor de la copa del sombrero.

(11) *Atacadas*: Atadas al jubón con las agujetas.

Sucedió, pues, que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos — según dijo — por una deuda, mas no podía (12) el dinero; y por que no le conociese soltó detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno entre verónico y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose a hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía, que aún no le había visto, por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quería echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuése diciendo: « ¡ Jesús ! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido... etc. (13) » Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo; entróse en un soportal a recoger la melena y el parche, y dijo: « Estos son los aderezos de negar deudas. Aprended, hermano, que veréis mil cosas de estas en este pueblo. »

Pasamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario (14) y aguardiente de una picarona, que nos lo dió de gracia, después de dar el bienvenido a mi adestrador. Y díjome: « Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; por lo menos esto no puede faltar. » Afligíame yo, considerando que aún teníamos en duda la comida, y repliquéle, afligido por parte de mi estómago. A lo cual respondió: « Poca fe tienes con la religión y

orden de los caninos. No falta el Señor a los cuervos ni a los grajos, ni aun a los escribanos, ¿ y había de faltar a los traspillados? Poco estómago tienes. » « Es verdad — dije — pero temo mucho tener menos y nada en él. »

En esto estábamos y dió un reloj las doce, y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia a mis tripas el letuario; y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo y dije: « Hermano, este de la hambre es recio noviciado. ¡ Estaba hecho el hombre a comer más que un sabañón, y hanme metido a vigiliass! Si vos no la tenéis, no es mucho, que criado con hambre desde niño — como el otro rey con ponzoña (15) — os sustentáis ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para mascar; y así, yo determino de hacer la que pudiere. » « ¡ Cuerpo de Dios — replicó — con vos! pues dan ahora las doce, ¿ y tanta priesa? Tenéis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡ No sino comer todo el día! ¿ Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes de puro mal proveídos, no nos proveemos. Ya os he dicho que a nadie falta Dios; y si tanta priesa tenéis, yo me voy a la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche (16) como capones,

(12) *No podía*: No podía sacarle.

(13) *A quien bueyes ha perdido, cencerros se le antojan.*

(14) *Letuario*: Preparación farmacéutica, de consistencia de miel, que se usaba como desayuno.

(15) Con ponzoña fué criado Mitrídates, rey del Ponto, para que ningún veneno tuviera acción sobre él.

(16) *Frailes de leche*: Gordos como capones de leche.

y allí haré el buche. Si vos queréis seguirme, venid; y si no, cada uno a sus aventuras. » « Adios — dije yo — que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle. » Mi amigo iba pisando tieso y mirándose a los pies; sacó unas migajas de pan que traía para el efecto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestidos; de suerte que parecía haber comido. Yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos, aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer a sus costas quien vive de tripas horras en el mundo: ya iba determinado a quebrar el ayuno. Llegué con esto a la esquina de la calle de San Luis, adonde vivía un pastelero; așomábase uno de a ocho tostado, y con el resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé — del modo que andaba — como perro perdiguero: puestos en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un aojado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez a pagarlo. En esto me dió la una; angustiéme de manera que me de-

terminé de zamparme en un bodegón. Yo, que iba haciendo punta (17) a uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mío, que venía haldeando por la calle abajo, con más barros (18) que la cara de un sanguino (19), y tantos rabos (20), que parecía un chirrión; arremetió a mí en viéndome — que, según estaba, fué mucho conocerme —. Yo le abracé; preguntóme cómo estaba; díjele luego: « Señor licenciado, ¿qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa que me he de ir esta noche. » « Eso me pesa a mí, y si no fuera tarde, e ir con prisa a comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido. » « ¿Qué aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos; que quiero hacer lo que estoy obligado. »

Abrí los ojos en oyendo que no había comido; fuíme con él, y empecéle a contar que una mujercilla — que él había querido mucho en Alcalá — sabía yo dónde estaba, y que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite, que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello a su casa: entramos; yo me ofrecí mucho a su cuñado y hermana; y ellos, no persuadiéndose otra cosa sino a que yo venía con cuidado por venir a tal hora, comenzaron a decir que si lo supieran que habían de tener tan buen huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión y

(17) *Hacer punta*: Atisbar.

(18) *Barro*: En el doble sentido de lodo y grano que sale en la cara.

(19) *Sanguino*: Persona de temperamento sanguíneo.

(20) *Rabos*: Salpicaduras de lodo en las ropas largas. *Chirrión*: Género de carretas cuyas ruedas chirrían.

convidéme, diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor — que ni me había convidado ni le pasaba por la imaginación —, de rato en rato le pegaba con la mozuela, diciendo que me había preguntado por él, y que le tenía en el alma, y otras mentiras de este modo; con lo cual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante (21), no lo hiciera una bala en el de un colete. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia; pero con prisa tan fiera, que parecía que aun entre los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el montón de la Antigua de Valladolid (22) — que le deshace en 24 horas —, que yo despaché el ordinario (23), pues fué con más prisa que un extraordinario correo. Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los huesos y el destrozo de la carne; y si va a decir verdad, entre burla y juego empedré la faldriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo y el licenciado a hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho.

Y estando hablando con él a una ventana hice que me llamaban de

la calle, y dije: « ¿ A mí, señor? Ya bajo. » Pedíle licencia, diciendo que luego volvería; quedóme aguardando hasta hoy, que desaparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y diculpéme con él, contándole mil embustes, que no importan para el caso.

Fuíme por las calles de Dios, llegué a la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen a sus puertas los mercaderes; quiso Dios que llegaron a la tienda dos — de las que piden prestado sobre sus caras — tapadas de medio ojo, con su vieja y paje-cillo. Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria; yo empecé luego, para trabar conversación, a jugar del vocablo del terciopelo y pelado, y pelo, y apelo, y pospelo, y no dejé hueso sano a la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro (24) de algo de la tienda; y como quien aventuraba a no perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión diciendo que había sido atrevimiento ofrecerles nada, pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habían traído de Milán, que a la noche llevaría un paje — que les dije que era mío por estar enfrente aguardando a su amo, que estaba en otra tienda, por la cual estaba descaperuzado —.

(21) *Ante*: El principio o principios que se sirven en la comida. Juego de palabras, aquí, con la « piel de ante » de un colete.

(22) *Montón de la Antigua de Valladolid*. — Era fama entre el vulgo que la tierra del cementerio de esta iglesia, tenía la propiedad de deshacer los cadáveres en un solo día.

(23) *Ordinario*: El gasto que uno tiene para su casa cada día.

(24) *Seguro*: Permiso, autorización.

Y para que me tuviesen por hombre de partes (25) y conocido, no hacía sino quitar el sombrero a todos los oidores y caballeros que pasaban; y sin conocer a ninguno, les hacía cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron con esto, y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor, y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita de ellas, en prendas de que las había de ver a otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podía entrar paje en la suya a todas horas por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor y más grande me pareció, que tenía un coche sin caballos a la puerta; y díjeles que aquélla era, y que allí estaba ella, el coche y dueño para servir las. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes — con grande autoridad — con la mano; hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí; y verdad es que le pregunté si era criado del comendador mi tío. Dijo que no;

y con tanto, acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche oscura, y acogímonos a casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase a un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, que era natural de Olías; había sido capitán en una comedia, y se había combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes, decía que había estado en la China, y a los de la China, en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada, que había sido honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leído en unas coplas que andaban de esto, y como él no sabía nada de mar — porque no tenía nada de naval más de comer nabos —, dijo, contando la batalla que había vencido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabía el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido a la sopa de San Jerónimo, y que pidió porción doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronselo a los otros mendigos para dárselo, y ellos, con el enojo, si-

(25) *Partes* : Buenas prendas.

guiéronle, y vieron que en un rincón detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar a otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos, chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera que se la dió a oler con más priesa que convenía. Quitáronle la espada; a las voces salió el portero, y aun no los podía meter en paz. En fin: se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decía: « Yo volveré lo que he comido », y aún no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedía para otros, y no se preciaba de sopón (26). « ¡ Miren el todo trapos como muñeca de niños, más

triste que pastelería en Cuaresma, con más agujeros que una flauta, y más remiendos que una pía (27), y más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música — decía un estudiantón de estos de la capacha (28), gorrónazo —; que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo u otra cualquier dignidad y se afrenta un don Peluche de comer! Graduado soy de bachiller en artes por Sigüenza. » Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al brodio (29), era descendiente del Gran Capitán, y que tenía deudos.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los huesos.

CAPITULO IV

En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel

ENTRÓ Merlo Díaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidrios, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, había agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja (30)

don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena, la cual había trocado en una mesa de trucos a la suya, que no se la cambiara pelo a pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba

(26) *Sopón o gallofero*: El que acudía a la « sopa boba » del convento.

(27) *Pia*: El caballo o yegua cuya piel está manchada de varios colores.

(28) *La capacha* en la que recogía el estudiante pobre mendrugos y restos de comida.

(29) *Brodio*: Hoy, bodrio; caldo con berza y mendrugos, que se daba en la portería de los monasterios.

(30) *Sacar de la puja*: Exceder a otro que tiene fuerza; habilidad o manejo en alguna cosa.

éste quitarse la capa, como que quería jugar, y ponerla con las otras, y luego — como que no hacía partido — iba por su capa y tomaba la que mejor le parecía y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada para ver entrar a don Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos; el cual se había hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que había aprendido de una vieja. Ganaba éste por todos, porque si el que venía a curarse no traía bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faldriquera o no piaban algunos capones, no había lugar. Tenía asolado medio reino; hacía creer cuanto quería, porque no ha nacido tal artífice en el mentir; tanto, que aun por descuido no decía verdad. Hablaba del Niño Jesús; entraba en las casas con *Deo gratias*; decía lo del « Espíritu Santo sea con todos ». Traía todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina salpicada con sangre de narices; hacía creer — concomiéndose — que los piojos eran silicios, y que la hambre canina era ayuno voluntario; contaba tentaciones; en nombrando al demonio, decía: « Dios nos libre y nos guarde »; besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos a las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traía el pueblo tal, que se encomendaban a él, y era propiamente como encomendarse al diablo; porque a más de ser jugador, era *cierto* — así se llama el que por mal nombre *fullero* —. Juraba el

nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío. Pues en lo que toca a mujeres, tenía seis hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, hendía.

Vino Polanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche de esta suerte, diciendo: « Acordaos de la muerte y haced bien por las ánimas, etc. » Con esto cogía mucha limosna, y entrábase en las casas que veía abiertas, y si no había testigos ni estorbo, robaba cuanto topaba; si le hallaban, tocaba la campanilla y decía — con una voz que él fingía muy penitente — : « Acordaos, hermanos, etc. » Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí, por espacio de un mes, en ellos.

Volvamos ahora a que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razón para venderle; la cual se iba por las casas diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacía de él para comer, y ya tenía para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja a cada paso; enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos a todos; traía — encima de muy buena camisa, jubón, ropa, saya y manteo — un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenía en las cuevas de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría. Quiso, pues, el diablo — que nunca está ocioso en cosas tocantes a sus siervos — que yendo a vender no sé qué ropa y otras cosillas a una casa, conoció uno no sé qué ha-

cienda suya; trajo un alguacil, y agarráronme a la vieja que se llamaba la madre Lebrusca. Y confesó luego todo el caso, y dijo cómo vivíamos todos y que éramos caballeros de rapiña.

Dejóla el alguacil en la cárcel, y

vino a casa, y halló en ella a todos mis compañeros, y a mí con ellos. Traía media docena de corchetes — verdugos de a pie —, y dió con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.

CAPITULO V

En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros a la vergüenza y yo en fiado.

ECHÁRONNOS a cada uno en entrando dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me vi ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo, y sacando un doblón, dije al carcelero: « Señor, óigame v. m. en secreto ». Y para que lo hiciese, dile escudo como cara; y en viéndolo me apartó. « Suplícole a v. m. » — le dije — « que se duela de un hombre de bien. » Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas a llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y cuatro (31), diciendo: « Yo averiguaré, la enfermedad, y si no es urgente, bajará al cepo. » Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejóme fuera, y a los amigos descolgáronlos abajo.

Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles había con nosotros; porque, como nos traían atados y a empellones, unos sin capas y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pías remendados, y otros aloques (32) de tinto y blanco. Aquél, por asirle de alguna parte segura — por estar todo tan manido (33) —, le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir, según los tenía roídos la hambre. Otros iban dejando a los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y greüescos. Al quitar la soga en que venían ensartados, se salían pegados los andrajos. Al fin, yo fuí — llegada la noche — a dormir en la sala de los linajes. Diéronme mi

(31) *Veinte y cuatro*: Los veinticuatro reales del escudo de oro.

(32) *Aloque*: El vino tinto, y la mezcla del blanco y tinto.

(33) *Manido*: Estropeado de puro viejo.

camilla. Era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que traían de día; otros desnudarse de un golpe todo cuanto traían encima; cuáles jugaban. Y, al fin, cerrados, se mató la luz.

Olvidamos todos los grillos; estaba el servicio a mi cabecera, y a la media noche no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio — pensando que eran truenos — empecé a santiguarme y llamar a santa Bárbara; mas viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olían tanto, que por fuerza detenía las narices en la cama; unos traían cámaras y otros aposentos. Al fin, yo me vi forzado a decirles que mudaran a otra parte el vidriado; y sobre si le viene muy ancho, o no, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete que de Castilla, y metíle a uno media pretina en la cara. El, por levantarse aprisa, derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asá-bamonos allí a pretinazos a oscuras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos, y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su cuadrilla. Llegó, abrió la sala, entró luz e informóse del caso. Condenáronme todos; yo me disculpaba con decir que en toda la noche me habían dejado cerrar los ojos a puro abrir los suyos. El carcelero pareciéndole que por no dejarme zabullir en el

horado (34) le daría otro doblón, asíó del caso y mandóme bajar allá. Determinéme a consentir, antes que a pellizcar el talego más de lo que estaba. Fuí llevado abajo, donde me recibieron con albórbola (35) y placer los amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fué notificado fué dar para la limpieza — y no de la Virgen sin mancilla —, so pena de culebrazo (36) fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenían qué dar, y así quedaron remitidos para la noche. Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas; traía más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayán; decía que estaba preso por cosas de aire, y así, sospeché yo era por algunos fuelles, chirimías o abanicos. Y a los que le preguntaban si era por algo de esto, respondía que no, sino por pecados de atrás, y pensé que por cosas viejas quería decir, y al fin averigué que por puto. Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller (37) del verdugo y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba diciendo: « ¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que ha de hacer humo? Dios es Dios, que te vendimie de camino. » Había confesado éste, y era tan maldito, que traíamos todos con carlanças las traseras como mastines, y no había

(34) *Horado* : Agujero, y por extensión caverna. Aquí, calabozo.

(35) *Albórbola* : Gritos de alegría.

(36) *Culebrazo* : Burla pesada que se hace al preso novato.

(37) *Botiller* : Subalterno.

quien osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas. Este hacía amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decía que estaba preso por liberalidades, y apurado (38), eran de manos en pescarlo que topaba. Había sido más azotado que postillón (39), porque todos los verdugos habían probado la mano en él. Tenía la cara con tantas cuchilladas, que a descubrirse puntos, no se la ganara un flux. Tenía nones las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partía. A éstos se llegaban otros cuatro hombres — rapantes como leones de armas — todos agrillados y condenados al hermano de Rómulo (40). Decían ellos que presto podrían decir que habían servido a su rey por mar y por tierra. No se podría creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.

Todos estos, mohinos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron a la noche de darles culebrazo bravo con una sogá dedicada al efecto. Vino la noche, fuimos ahuchados a la postrera faldriquera de la casa; mataron la luz; yo metíme luego debajo la tarima. Empezaron a silbar dos de ellos, y otro a dar sogazos. Los buenos caballeros, que vieron el negocio de revuelta, se apretaron de manera las carnes ayunas, — cenadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos —, que cupieron todos en un resquicio de la tarima;

estaban como liendres en cabellos o chinches en cama. Sonaban los golpes en la tabla; callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes, y empezaron a tirar ladrillos, piedras y cascote que tenían recogido. Allí fué ella, que uno le halló el cogote a don Toribio, y le levantó una pantorilla en él de dos dedos. Comenzó a dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacían ruido con las prisiones. El, por esconderse, asíó de los otros para meterse debajo. Allí fué el ver cómo con la fuerza que hacían les sonaban los huesos como tabillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pie; menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenía el dicho don Toribio más golpes (41) en la cabeza que una ropilla abierta. Y no hallando ningún remedio contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir mártir — sin tener cosa de santidad ni aun de bondad —, dijo que le dejasen salir, que él pagaría luego y daría sus vestidos en prendas. Consintiéronselo, y a pesar de los otros que se defendían con él, descalabrado y como pudo se levantó y pasó a mi lado. Los otros, por presto que acordaron a prometer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron, para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la

(38) *Apurado* (A preguntas).

(39) *Postillón*: Se refiere aquí al caballo, no al jinete.

(40) *Condenados a galeras, a Remo*.

(41) *Golpes*: « Se llaman las portezuelas que se echan en las casacas y otros estidos y sirven de cubrir y tapar los bolsillos » (Dicc. Aut.).

cama por desnudos que por heridos; y así, aquella noche los dejaron estar, y a la mañana les pidieron que se desnudasen.

Desnudáronse, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podía hacer una mecha a un candil. Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llaman ruana (42) que es donde se espulgan todos. Empezaron luego a sentir su abrigo, porque había piojo con hambre canina, y otro que en un bocado de uno de ellos quebraba ayuno de ocho días; habíalos frisones, y otros que se podían echar a la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose a puras uñadas. Yo me salí del calabozo diciendo que me perdonasen si no les hacía mucha compañía, porque me importaba el no hacérsela. Torné a reparar las manos al carcelero con tres de a ocho, y sabiendo quién era el escribano de la causa, enviéle a llamar con un picarillo (43). Vino, métele en un aposento, y empecéle a decir — después de haber tratado de la causa — cómo yo tenía no sé qué dinero; supliquéle que me lo guardase, y que en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que por engaño había incurrido en tal delito. « Crea v. m. — dijo, después de haber pescado la mosca —, que en nosotros está todo el juego, y que

si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí, y crea que le sacaré a paz y a salvo. »

Fuése con esto, y volvióse desde la puerta a pedirme algo para el buen Diego García, el alguacil, que importaba el acallarle con mordaza de plata, y apuntóme no sé qué del relator para ayuda de comerse (44) cláusula entera. Dijo: « Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido (45) — que las más veces lo están —, hacer una acción, destruye un cristiano. » Dime por entendido, y añadí otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad de la cárcel. Y últimamente me dijo: « Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud sino es por interés. » Cayóme en gracia la advertencia. Al fin, él se fué, y yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos; dejábame entrar en su casa.

Tenía una ballena por mujer y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, a pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero — que se llamaba Tal Blandones de san Pablo y la mujer doña Ana Moráez — vino a comer, estando yo allí, muy

(42) Por traerlas de Ruán.

(43) *Picarillo*: « Aquellos mozos que se introducen a servir en los ministerios inferiores » (Dicc. Aut.).

(44) *Ayuda de costa*: Lo que se da fuera del salario como recompensa; por analogía con esa frase dice el autor *ayuda de comerse*.

(45) *Divertido*: Distraído.

enojado y bufando; no quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó a él y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo: « Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros, el aposentador, me ha dicho — teniendo palabras con él sobre el arrendamiento — que vos no sois limpia (46) ? » « ¿ Tantos rabos me ha quitado el bellaco ? » — dijo ella —. « Por el siglo de mi abuelo, que no sois hombre, pues no le pelasteis las barbas. ¿ Llamo yo a sus criados que me limpien ? » Y volviéndose a mí, dijo: « Vale Dios que no me podrá decir judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedís de hebreo. A fe, señor don Pablos, que si le oýera, que yo le acordara que tiene las espaldas en el aspa (47) de san Andrés. » Entonces, muy afligido el alcaide, replicó: « ¡ Ay, mujer!, que callé porque dijo que en esta teníais vos dos o tres madejas; que lo sucio no lo dijo por lo puerco, sino por el no le comer. » « ¿ Luego judía dijo que era ? ¿ Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos (48) ? ¿ Así sentís la honra de doña Ana Moráez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo ? » « ¿ Cómo hija — dije yo — de Juan de Madrid ? » « De Juan de Madrid — respondió ella — el de Auñón. Voto a N. que

el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo. » Y volviéndome a ellas, dije: « Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fué primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quién es y cómo, y esto me toca a mí, y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco; ejecutoria tengo en el pueblo tocante a entrambos con letras de oro. » Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenía ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido a quererse informar del parentesco por menudo, y por que no me cogiese en mentira hice que me salía de enfado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase ni pensase más en ello. Yo de rato en rato salía muy al descuido, diciendo: « ¡ Juan de Madrid! Burlando es la probanza que tengo yo suya. » Otras veces decía: « ¡ Juan de Madrid el mayor! Su padre de Juan de Madrid fué casado con Juana de Acebedo, la gorda »; y callaba otro poco.

Al fin, con estas cosas, el alcaide me daba de comer y cama en su casa, y el buen escribano — solicitado de él y cohechado con el dinero — lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafrén pardo, a la brida, con un músico de culpas (49) delante. Era el pregón este: « A esta mujer por ladrona. » Llevábale el compás

(46) *Limpia*: De sangre limpia, que no desciende de moros ni judíos.

(47) *Aspa de San Andrés*: Es « la cruz de paño o bayeta colorada que en el capotillo amarillo del mismo material manda poner el Santo Oficio, a los reconciliados con la Iglesia, en penitencia » (Dicc. Aut.). En el *aspa* se recogía lo hilado para ponerlo en madejas.

(48) *Buenos tiempos*: « Se llaman aquellos que son felices y prósperos... y por reprehensión con ironía se aplica a los relajados y malos » (Dicc. Aut.).

(49) *Músico de culpas*: Pregonero.

en las costillas el verdugo, según lo que le habían recetado los señores de los ropones (50). Luego seguían todos mis compañeros en los overos de echar agua (51), sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos a la vergüenza, y cada

uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera. Desterráronlos por seis años; yo salí en fiado por virtud del escribano, y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

CAPITULO VI

De cómo tomé posada y la desgracia que me sucedió en ella.

SALÍ de la cárcel, halléme solo y sin los amigos; aunque me avisaron que iban camino de Sevilla a costa de la caridad, no los quise seguir. Determinéme de ir a una posada donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, a veces entremetida y a veces entresacada y salida (52). Ceceaba un poco, tenía miedo a los ratones, preciábase de manos, y por enseñarlas, siempre despabilaba las velas; partía la comida en la mesa; en la iglesia siempre tenía puestas las manos; por las calles iba enseñando qué casa era de uno y cuál de otro; en el estrado de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba a algún juego, era siempre al de pizpirigaña (53), por ser cosa de mostrar manos;

hacía que bostezaba, adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba ya a sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenían trato de alquilarla, con muy buena ropa, a tres moradores: fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalán. Hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro la comodidad de hallármela en casa. Di en poner en ella los ojos; contábales cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamientos y que era nigromante, y

(50) *Señores de los ropones*: Oidores o jueces.

(51) *Overos de echar agua*: Caballos de portear agua.

(52) *Entresacada y salida*: Descarada, desvergonzada.

(53) *Pizpirigaña*: Juego de niños que consiste en pellizcarse las manos.

que haría que pareciese que se hundía la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas — como buenas creederas — tragarón. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada, que como no estaba tan bien vestido como era razón — aunque ya me había algo mejorado de ropa por medio del alcaide, a quien visitaba siempre, conservando la sangre (54) a pura carne y pan que le comía —, no hacían de mí el caso que era justo.

Di, para acreditar me de rico que lo disimulaba, en enviar a mi casa amigos a buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno el primero preguntando por el señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habían dicho que no era de costa el mudarse los nombres, antes muy útil. Al fin preguntó por don Ramiro: un hombre de negocios, rico, que hizo ahora dos asientos (55) con el rey. Desconociéronme en esto las huéspedes, y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzmán, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre. « Ese es — replicó — el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios que la que tiene de más de dos mil ducados. » Contóles otros embustes; quedaron espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traía a cobrar en mí, de nueve mil escudos; díjoles que me la diesen para que la aceptase, y fuése. Creyeron la riqueza la

niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulación, y en entrando me dieron la cédula, diciendo: « Dineros y amor mal se encubren, señor don Ramiro; ¿ cómo que nos esconda v. m. quién es, debiéndonos tanta voluntad? » Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula, y fuíme a mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire como el mío. Yo, que las vi cebadas, declaré mi voluntad a la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas. Apartámonos, y una noche, para confirmarlas más en mi riqueza, cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado, y sacando cincuenta escudos, los conté tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fué esto de verme con tanto dinero para ellas, todo lo que podía desear, porque se desvelaban para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba *o senhor* Vasco de Meneses, caballero de la Cartilla, digo de Christus (56). Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Rebolledo, que así se llamaba; enamorábala sentándose a conversación y suspirando más que beata en sermón de Cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntado con él el catalán, el cual era la criatura más triste y miserable que Dios

(54) *La sangre*: El parentesco.

(55) *Asientos*: Contrato u obligación de alguna cosa.

(56) Juego de palabras. La cruz que precedía el abecedario o cartilla se llamaba el *Christus*.

crió. Comía a tercianas, de tres a tres días, y el pan tan duro, que apenas le podía morder un mal-diciente. Pretendía por lo bravo; y si no era poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarropado; el catalán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y a veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin la moza me hablaba y recibía mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: « Este atrevimiento, su mucha hermosura de v. m. »; decía lo de me abraso; trataba de penar; ofrecíame por esclavo; firmaba el corazón con la saeta. Al fin llegamos a los tues. y yo, para alimentar más el crédito de mi calidad, salíme de casa y alquilé una mula, y arrebozado y mudando la voz vine a la posada y pregunté por mí mismo, diciendo si vivía allí su merced del señor don Ramiro de Guzmán, señor del Valcerrado y Vellorete. « Aquí vive », respondió la niña, « un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo. » Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese que Diego de Solórzana, su mayordomo que fué de las depositarías, pasaba a las cobranzas. y le había venido a besar las manos. Con esto me fuí, y volví a casa de allí a un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el ser señor del Valcerrado y Vellorete; diéronme el recado. Con esto la mu-

chacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese a hablar a la una de la noche por un corredor que caía a un tejado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo, ordenó que venida la noche, yo, deseoso de gozar de la ocasión, me subí al corredor; y por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los pies y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas y quedaron estampadas en las costillas. Al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones — que son antojadizos de ellos los de este oficio —, subieron al tejado. Yo, que vi esto, quise esconder detrás de una chimenea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron a palos, y me ataron a vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque como yo la había dicho que sabía hacer burlas y encantamientos, pensó que había caído por gracia y nigromancia; y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reír. Comenzó (57) luego a hacer la causa, y porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribió que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzmán, y rióse mucho. Yo, triste — que me había visto moler a palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razón y

(57) Comenzó el escribano.

con mal nombre — no sabía qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios, y ni por esas ni por esotras bastaba con el escribano a que me dejase.

Todo esto pasaba en el tejado; que los tales, aun de las tejas arriba, levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana que caía a una pieza que servía de cocina.

CAPITULO VII

En que prosigue lo mismo con otros varios sucesos.

NO cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzúas que me habían hallado en la faldriquera y las hojas que había escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano. Pasé la noche en revolver trazas; unas veces me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise desatar, pero sentíame luego, y levantábase a visitarme los ñudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse a tal hora que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios (58). Agarró la correa, y

volvióme a repasar muy bien las costillas; reprehendióme el mal vicio de hurtar, como quien tan bien lo sabía. En esto estábamos, él dándome, y yo casi determinado de darle a él dineros — que es la sangre con que se labran semejantes diamantes — cuando, incitados y forzados de los ruegos de mi querida, que me había visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalán, y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por cómplices en el proceso. El portugués no la pudo sufrir y tratóle algo mal de palabras, diciéndole que él era caballero *fidalgo* de casa del rey, y que yo era un *home muito fidalgo*, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme a desatar, y al punto el escribano clamó: « ¡ Resistencia ! », y

(58) *Los testimonios* : Los falsos testimonios que levantaba él.

dos criados suyos — entre corchetes y ganapanes — pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al rey. Los dos, al fin, me desataron, y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo: « Voto a N., que esto no se puede hacer conmigo, y que a no ser vs. mercedes quien son, les podría costar caro; manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés. » Yo vi luego la letra, saqué ocho reales y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar que los había recibido, lo dejé, y me fuí con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescates, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reíase el catalán mucho, y decía a la niña que se casase conmigo para volver el refrán al revés, que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba a visitarlos, trataba luego de varear, otras veces de leña y madera. Yo, que me vi corrido y afrentado, y que ya me iban dando en la flor (59) de lo rico, comencé a trazar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos

suyos, que me viniesen una noche a prender. Llegaron la señalada y requirieron a la huéspeda que venían de parte del Santo Oficio, y que convenía secreto. Temblaron todos por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme a mí, callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda, y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena. Dejáronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían a buscar; decían entrambos que eran demonios, y que yo tenía familiar; y cuando les contaban del dinero que yo había contado, decían que parecía dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse a ello. Yo saqué mi ropa y comida horra.

Di traza, con los que me ayudaron, de mudar de hábito y ponerme calza de obra y vestido al uso; cuellos grandes; y un lacayo en menudos (60) (dos lacayuelos), que entonces era uso. Animáronme a ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación a título de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la corte; y aun añadieron que ellos me encaminarían a parte conveniente y que me estuviese bien y con algún arcaduz (61) por donde se siguiese. Yo, negro (62), codicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuántas almonedas, y compré mi aderezo de casar; supe dónde se

(59) *Flor*: Trampa o fullería.

(60) *Lacayo en menudo*: Un lacayo en pedazos, es decir, dos lacayos pequeños.

(61) *Arcaduz*: Metafóricamente, el medio por donde se consigue algo.

(62) *Negro*: Astuto, taimado.

alquilaban caballos, y espetéme en uno el primer día, y no hallé lacayo. Salíme a la calle Mayor y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno.

Llegáronse dos caballeros, cada cual con su caballo; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado a bureo; y yo (63) — que si no lo tenían enfado —, que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si venían allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado; di señas de la librea, y metíme entre los dos y caminamos. Yo iba considerando que a nadie que nos veía era posible el determinar y juzgar cuyos eran los pajes y lacayos, ni cuál era el que no le llevaba. Empacé a hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un caballo que tenía porcelana; encarecíles mucho el roldaneso (64) que esperaba que me habían de traer de Córdoba. En topando algún paje, caballo o lacayo les hacía parar, les preguntaba cuyo era (65), y también decía de las señas y si le querían vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle, y aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno; y decía lo que había de hacer para remediarlo, y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, y a mi parecer diciendo: « ¿Quién será

este tagarote (66) escuderón? » — porque el uno llevaba un hábito en los pechos y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto —, dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y a otro primo mío que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado, y en entrando saqué el pie del estribo, y puse el talón por defuera, y empecé a pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decía: « Este yo le he visto a pie »; otro: « Lindo va el buscón. » Yo hacía como que no oía nada, y paseaba.

Llegáronse a un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tía. Eran las vejezuelas alegres; la una de cincuenta y la otra punto menos. Díjelas mil ternezas, y oíanme, que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometílas regalos, y preguntélas del estado de aquellas señoras; y respondieron que doncellas, y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario: que las vieses colocadas como merecían, y agradóles mucho la palabra *colocadas*. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote.

(63) Y yo dije.

(64) *Roldaneso*: Color de caballo.

(65) *Cuyo era*: El caballo.

(66) *Tagarote*: Hidalgo pobre que se pega adonde puede comer.

« Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros que una judía poderosa; que, por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada. » Saltó tan presto la tía : « ¡ Ay, señor, y cómo le quiero bien ! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con ser yo no muy rica no he querido casar mi sobrina, con salirle ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada a nadie en sangre. » « Eso creo yo muy bien » — dije yo.

En esto las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar a mis amigos :

Mirábase el uno al otro, y a todos
[tiembla la barba.

Yo, que vi ocasión, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quién enviar a casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo, y yo las supliqué se fuesen a la Casa del Campo al otro día, y que yo las enviaría algo fiambre. Acep-

taron luego; dijéronme su casa, y preguntaron la mía; y con tanto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos a caminar a casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar a buscar mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo (67), y que así me diesen licencia. Fuíme, quedando concertado de vernos a la tarde en la Casa del Campo.

Fuí a dar el caballo al alquilador, y desde allí a mi casa, donde hallé a los compañeros jugando quinollas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que había de hacer con el dote. Y lo que más me tenía en duda era el hacer de él una casa o darlo a censo, que no sabía yo qué sería mejor y de más provecho para mí.

(67) *Martelo* : Enamoramiento, galanteo.

CAPITULO VIII

En que se prosigue el cuento con otros sucesos y desgracias notables.

AMANECIÓ, y despertamos a dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándosela a un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y a la tarde ya yo tenía alquilado un caballo. Tomé el camino a la hora señalada para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo (68). Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristán, y en todo el día había otra cosa sino don Felipe acá y don Felipe allá. Yo comencé a decir que me había visto tan ocupado con negocios de su magestad y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir, y que así, las apercibía a merienda de repente. En

esto llegó el repostero con su jar-
cia (69), plata y mozos; los otros
y ellas no hacían sino mirarme y
callar. Mandéle que fuese al ce-
nador y que aderezase allí, que
entre tanto nos íbamos a los estan-
ques. Llegáronse a mí las viejas a
hacerme regalos, y holguéme de ver
descubiertas las niñas; porque no
he visto, desde que Dios me crió,
tan linda cosa como aquella en
quien yo tenía asestado mi matri-
monio: blanca, rubia, colorada,
boca pequeña, dientes menudos y
espesos, buena nariz, ojos rasgados
y verdes, alta de cuerpo, lindas ma-
nazas, y zazosita (70). La otra no
era mala, pero tenía más desen-
voltura y dábame sospechas de ho-
cicada (71). Fuimos a los estan-
ques, vímoslo todo, y en el dis-
curso conocí que la mi desposada
corría peligro en tiempo de Hero-
des por inocente. No sabía; pero
como yo no quiero a las mujeres
para consejeras ni bufonas, sino
para acostarme con ellas, y si son
feas y discretas, es lo mismo que
acostarse con Aristóteles o Séneca.
o con un libro, procúrolas de bue-

(68) *Y todo*: También.

(69) *Jarcia*: Carga de muchas cosas distintas.

(70) *Zazosita*: Que ceceaba.

(71) *Hocicar*: Besar descompuestamente.

nas partes para el arte de las ofensas. Esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y al pasar de una enramada prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróseme un poco. Llegó la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello a su casa al otro día, que allá le aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo: mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles, y estando en esto vi venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando menos me cato, conozco a mi buen don Diego Coronel. Acercóse a mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Habló a las mujeres y tratólas de primas, y a todo esto no hacía sino volver a mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él. Preguntóles — según se echó de ver después — mi nombre, y ellos dijeron: « don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico ». Veíale yo santiguarse. Al fin, delante de ellas y de todos, se llegó a mí, y dijo: « V. m. me perdone; que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida a un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar. » Rieronse todos mucho, y yo me esforcé, para que no me desmintiese la color, y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo. « ¡ Jesús! — hacía el don Diego — ¿ Cómo parecido?

El talle, la habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida. » Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese a un pícaro tan bajo como aquél; y porque no sospechase nada de ellas, dijo la una: « Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido en Ocaña. » Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería servir las con mi poca posibilidad en todas partes. El don Diego se me ofreció, y pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero, y añadía: « No lo creerá v. m.: su madre era hechicera, su padre ladrón y su tío verdugo, y él el más ruin hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo. » ¿ Qué sentiría yo oyendo decir de mi cara tan afrentosas cosas? Estaba — aunque lo disimulaba — como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos despedimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y tía dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase, y vería si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, à San Felipe. Nosotros nos fuimos a casa juntos como la otra noche. Pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme; yo entendíles la flor y sentéme; sacaron naipes —

eran hechizos (72) como pasteles —; perdí una mano; di en irme por abajo, y ganéles cosa de trecentos reales; y con tanto me despedí, y vine a mi casa. Topé a mis compañeros: licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me había sucedido; no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego, y lo que me había sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera.

En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar; entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo (73) y barajas hechas lindas (74). Determinámonos de ir a darles un muerto — que así llaman el enterrar una bolsa. Envié los amigos delante; entraron en la pieza, y dijeron si gustarían de jugar con un fraile benito que acababa de llegar a curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo y traía mucho del real de a ocho y escudo. Crecióles a todos el ojo, y clamaron: « Venga el fraile en hora buena. » « Es hombre grave en la orden — replicó Pero López —, y como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación. » « Venga, y sea por lo que fuere. » « No ha de entrar na-

die por el recato », dijo Brandalagas. « No hay tratar de más », respondió el huésped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso y creída la mentira. Vinieron los acólitos; ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile benito — que en cierta ocasión vino a mi poder —, unos antojos y una barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego; ellos levantaban bien, e iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les di tal gataba, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trescientos reales. Di barato, y con mi « loado sea nuestro Señor » me despedí, encargádoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento y no otra cosa.

Los otros — que habían perdido cuanto tenían — dábanse a mil diablos; despedíme, y salímonos fuera. Vinimos a casa a la una y media, y acostámonos después de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido, y a la mañana me levanté a buscar mi caballo; y no hallé por alquilar ninguno, en lo cual conocí que había otros muchos como yo. Pues andar a pie parecía mal y más entonces, fuíme a San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado — que tenía un caballo y le guardaba — que se había acabado de apearse a oír misa; metíle cuatro reales en la mano porque mientras su amo es-

(72) *Hechizos*: Adulterado como los pasteles.

(73) *Mayo*: « Arbol adornado de cintas, frutas y otras cosas que se pone en un lugar público, y adonde en todo el mes de mayo concurren los mozos y mozas a holgarse. » *Flores* está empleado en doble sentido.

(74) *Hechas lindas*: Preparadas para la trampa.

taba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió; subí en él, y di dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada; y al dar la tercera, asomóse doña Ana. Yo, que la vi, y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer galantería; dile dos varazos, tiréle de la rienda; empínase, y tirando dos coces, aprieta a correr y da conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me vi así, y rodeado de niños, que se habían llegado, y delante de mi dama, empecé a decir: « ¡ Oh hi de puta, no fuérais vos valenzuela (75)! Estas temeridades me han de acabar; habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él. » Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego; yo torné a subir, y al ruido se había asomado don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo que le vi, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo prisa, que no saliese su amo y lo viese, que había de ir a palacio; y soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza a darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo a nadie; y lo peor fué que, volviéndose a mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razón, de ver dos desgracias

tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hubé de apearse. Subió el letrado, y fuese, y yo, por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con don Diego, y dije: « En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí mi caballo overo en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y trotón; dije cómo yo le corría y hacía parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría — y era de este licenciado —; quise probarlo: no se puede creer qué duro es de caderas, y con tan mala silla, que fué milagro no matarme. » « Sí fué — dijo don Diego —, y con todo, parece que se siente v. m. de esa pierna. » « Sí siento — dije yo entonces —, y me querría ir a tomar mi caballo y a casa. » La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima y sentimiento — como se lo eché de ver — de mi caída; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que había pasado en la calle; y fué totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron.

Y la mayor y fundamento de las otras fué que cuando llegué a casa, y fuí a ver un arca, adonde tenía en una maleta todo el dinero que me había quedado de mi herencia y de lo ganado al juego — menos cien reales que yo traía conmigo —, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habían cargado con ello y no parecían. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí: « ¡ Malhaya quien fía en hacienda mal ganada, que se va como se viene! Triste de mí! ¿ Qué haré? » No sabía si ir a bus-

(75) Valenzuela: Casta de caballos cordobeses.

carlos, si dar parte a la justicia. Esto no me parecía bien, porque si los prendían, habían de aclarar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabía por dónde.

Al fin, por no perder también el casamiento — que ya yo me consideraba remediado con el dote — determiné de quedarme, y apretarlo sumamente. Comí y a la tarde alquilé mi caballico, y fuíme hacia la calle de mi dama. Y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba a la esquina, antes de entrar, a que pasase algún hombre que lo pareciese, y en pasando partía detrás de él, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás, hasta que volviese otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta. Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, o si fué la sospecha del caballo y lacayo del letrado, o qué se fué, que él se puso a inquirir quién era y de qué vivía, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente. Y él, acosado de ellas, que tenían gana de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla — que fué el que me convidó a comer cuando yo estaba con los caballeros —; y éste, enojado de que yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó a comer, y que no había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísima-

mente. No aguardó más don Diego, y volviéndose a su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena amigos míos, junto a la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba, y díjoles que se aparejasen, y en viéndome a la noche en la calle, que me magullasen los cascos, y que me conocieran en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y en entrando en la calle, topáronme; y disimularon de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos míos como entonces. Estuvimos en conversación tratando de lo que sería bien hacer a la noche hasta el avemaría. Entonces despidiéronse los dos, echaron hacia abajo, y yo y don Diego quedamos solos y echamos a San Felipe. Llegando a la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego: « Por vida de don Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan. » « Sea en buen hora », dije yo. Tomé la suya inocentemente, y dile la mía en mala; ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él — que tenía trazado el deshacerme las mías — dijo que le importaba ir solo, que me fuese.

No bien me aparté de él con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintarrearlo por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí; di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y quedéme en la calle con los cintarazos; disimulé tres o cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle de miedo. En fin, a las doce, que

era la hora que solía hablar con ella, llegué a la puerta, y emparejando, cierra uno de los dos que me aguardaban por don Diego, con un garrote, conmigo, y dame dos palos en las piernas y derribame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja a oreja, y quítanme la capa y déjanme en el suelo, diciendo: « Así pagan los pícaros embustidores (76) mal nacidos. » Comencé a dar gritos y a pedir confesión; y como no sabía lo que era, (aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me había salido con la traza de la Inquisición, o el carcelero burlado, o mis compañeros huídos; y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía a quién echársela, pero nunca

sospeché en don Diego ni en lo que era.) Daba voces a los capeadores (77): A ellas vino la justicia: levantáronme, y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asíéronme para llevarme a curar. Metiéronme en casa de un barbero, curóme, preguntáronme dónde vivía, y lleváronme allá.

Acostéme y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas, de los palos, que no me podía tener en ellas ni las sentía. Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podía seguir a los amigos ni tratar del casamiento, ni estar en la corte ni ir fuera.

CAPITULO IX

De mi cura y otros sucesos peregrinos.

HE aquí a la mañana amanece a mi cabecera la huéspeda de casa, vieja de bien, edad de mazo (78) (cincuenta y cinco), con su rosario grande y su cara hecha en orejón o cáscara de nuez, según estaba arada. Tenía buena fama en el lugar, y echábase a dormir con

ella y careaba placeres. Llamábase Tal de la Guía, alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuáles cosas había de descubrir de su

(76) *Embustidor* : Mentiroso, enredador.

(77) *Capeadores* : Ladrones de capas.

(78) *Mazo* : « En el juego de la primera, suerte en que concurren el seis, el siete y el as de un palo, que vale cincuenta y cinco puntos » (Dicc. Aut.).

«cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; a la de buenas manos, se las enseñaba a esgrimir; a la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de vedejas por el manto y la toca; a buenos ojos, lindos bailes con las niñas: ya dormidillos (79), cerrándolos, ya elevaciones, mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban y les corregía las caras de manera que, al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocían sus maridos; y en lo que ella era más extremada era en remendar virgos y adobar doncellas. En solos ocho días que yo estuve en casa la vi hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba a pelar (80) y refranes que dijese, a las mujeres. Allí les decía cómo habían de encajar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba a la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y a la Planosa, en Burgos, mujeres de todo embustir. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver a las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras — que siempre hablaba por refranes —: « De do sacan y no pon, hijo don Felipe, presto llegan al hondón; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te

entiendo ni sé tu manera de vivir; mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que, durmiendo, caminamos a la huesa. Yo, como montón de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan a mí que has despendido mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Dime con quien andas, hijo, y diréte quién eres; cada oveja con su pareja; sábeta hijo, que de la mano a la boca se pierde la sopa. Anda, bobillo, que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel (81) perpetuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas; así que enseñó como que pongo, y quedámonos con ellas en casa; y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada (82) y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que te hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado a mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun los que me debes de la posada no te las pidiera ahora, a no haberlos menester para unas candelicas y hierbas » — que trataba en botes sin ser boticaria; y si la untaban las manos, se untaba y salía de noche por la puerta del humo.

Yo que vi que había acabado la

(79) *Dormidillos*: Entornándolos.

(80) *Pelar*: « Comerle a uno su hacienda, como hacen las ramerías que pelan a los mancebos. » Covarrubias.

(81) *Fiel*: « El que tiene cuidado de mirar las mercaderías que se venden, y si se dá en ellas el peso justo y fiel. » Covarrubias.

(82) *Alcorzada*: Cubierta de afeites. *Redomada*: « Astuta » y « untada con los ungüentos de las redomas. » Juego de palabras.

plática y sermón en pedirme — que con ser su tema, acabó en él, y no comenzó, como todos lo hacen — no me espanté de la visita, que no me la había hecho otra vez mientras había sido su huésped, sino fué un día que me vino a dar satisfacciones de que había oído que me habían dicho no sé qué de hechizos, y que la quisieron prender, y escondió la calle y casa. Vínome a desengañar y a decir que era otra Guía; y no es de espantar que con tales guías vamos (83) todos desencaminados. Yo la conté su dinero; y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la vinieron a prender por amancebada, y sabían que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento; y como me vieron en la cama, y ella conmigo, cerraron conmigo y con ella, y diéronme cuatro o seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama; a ella la tenían asida otros dos, tratándola de alcahueta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacía la vida referida! A las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dió a correr. Ellos, que lo vieron, y supieron — por lo que decía otro huésped de casa — que yo no la era, arrancaron tras el pícaro y asiéronle, y dejáronme a mí repelado y apuñeteado; y con todo mi trabajo, me reía de lo que los picarones decían a la vieja, porque uno la miraba y decía: « ¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré

de veros consagrar tres mil nabos a vuestro servicio! » Otro: « Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes para que entréis bizarra (84). » Al fin trujeron al pícarón, y atáronlos a entrambos; pidióronme perdón y dejáronme solo. Yo quedé en algo aliviado de ver a mi buena huéspeda en el estado que tenía sus negocios; y así, no me quedaba otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase mi naranja, aunque — según las cosas que contaba una criada que quedó en casa — yo desconfié de su prisión, porque me dijo no sé qué de volar y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho días, y apenas podía salir; diéronme doce puntos en la cara y hube de ponerme muletas.

Halléme sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida y posada. Y así, por no hacer mas gasto, no teniendo dinero, determinéme de salir con dos muletas de la casa y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hízelo, y compré con lo que me dieron un colete de cordobán, viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gabán de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatazos grandes, la capilla del gabán en la cabeza; un Cristo de bronce traía colgando del cuello, y un rosario. Impúsome en la voz y frases doloridas de pedir un pobre que entendía del arte mucho, y así, comencé luego a ejercitarlo por las calles. Cosíme sesenta reales, que me sobraron, en el jubón; y con esto me metí a pobre, fiado

(83) *Vamos* : Vayamos.

(84) *Bizarro* : Lucido, muy galán, espléndido y adornado (Dicc. Aut.).

en mi buena prosa. Anduve ocho días por las calles aullando en esta forma, con voz dolorida y reclamamiento de plegarias: « Dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo. » Esto decía los días de trabajo, pero los de fiesta comenzaba con diferente voz, y decía: « Fieles cristianos y devotos del Señor, por tan alta princesa como la Reina de los angeles, Madre de Dios, dadle una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor. » Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luego añadía: « Un aire corrupto, en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros; que me vi sano y bueno, como se ven y se vean, loado sea Dios. »

Venían con esto los ochavos trompicando, y ganaba mucho dinero; y ganara más si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogía más limosna con pedir mal criado. Decía con voz ronca, rematando en chillido: « Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor, por mis pecados; dadle al pobre lo que Dios reciba »; y añadía: « Por el buen Jesús »; y ganaba que era un juicio (85). Yo advertí, y no dije más Jesús, sino quitábale la s, y movía a más devoción. Al fin, yo mudé de frasecicas y cogía maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón — uno de los mayores bellacos

que Dios crió —; estaba riquísimo, y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenía hinchada la mano, y manca y con calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto y con la potra defuera tan grande como una bola de puente, y decía: « ¡ Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano! » Si pasaba mujer, decía: « Señora hermosa, sea Dios en su ánima »; y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico: « ¡ Ah, señor capitán! » — decía —, y si otro hombre cualquiera: « ¡ Ah, señor caballero! » Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría; y si clérigo en mula, señor arcediano; en fin, él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los días de los santos; y vine a tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos días estuvimos ricos: y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían; dábanle cuenta a él, y todo lo guardaba. Iba a la parte con dos niños de cajeta en las sangrías que hacían de ellas.

Yo, con los consejos de tan buen maestro y con las lecciones que me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla a propósito. Halléme en menos de un mes con más de docientos reales horros; y últimamente me declaró — con intento que nos fuésemos juntos — el mayor secreto y la más alta in-

(85) *Era un juicio*: Una cantidad enorme.

industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos; y era que hurtábamos niños cada día entre los dos cuatro o cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros a preguntar las señas, y decíamos: « Por cierto, señor, que lo topé a tal hora, y que si no llego, que lo mata un carro; en casa está. » Dábannos el hallazgo, y vinimos a enriquecer de manera, que me hallé yo con cincuenta escúdos y ya sano de las

piernas, aunque las traía entrapadas.

Determiné de salirme de la corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía ni me conocía nadie. Al fin yo me determiné; compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcázar — que era el pobre que dije —, y busqué por los mesones en qué ir a Toledo.

CAPITULO X

En que me hago representante, poeta y galán de monjas cuyas propiedades se descubren lindamente.

EN una posada topé una compañía de farsantes que iban a Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo había sido mío del estudio de Alcalá, y había renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá y salir de la corte; y apenas el hombre me conocía con la cuchillada, y no hacía sino santiguarse de mi *per signum crucis*. Al fin me hizo amistad — por mi dinero — de alcanzar de los demás lugar para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, la bailarina, que también hacía las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció extremada sabandija.

Acertó a estar su marido a mi lado, y yo, sin pensar a quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele: « Esta mujer ¿ por qué orden la podríamos hablar, para gastar con su merced veinte escudos, que me ha parecido hermosa? » « No me está bien a mí decirlo, que soy su marido — dijo el hombre — ni tratar de eso, pero sin pasión, que no me mueve ninguna, se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tal juguetoncita »; y diciendo esto saltó del carro y fué al otro, según pareció, por darme lugar a que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que por éstos se pudo decir que tienen mu-

jeros como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasión, y preguntóme que adónde iba, y algo de mi hacienda y vida. Al fin dejamos tras muchas palabras, para Toledo las obras; íbamonos holgando por el camino mucho.

Yo — acaso — comencé a representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte que les di codicia; y sabiendo, por lo que yo le dije a mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si quería entrar en la danza con ellos. Encareciéronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenía necesidad de arrimo y me había parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor; hícele escritura de estar con él, y dióme mi ración y representaciones; y con tanto llegamos a Toledo. Diéronme que estudiase tres o cuatro loas, y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa (86) en el lugar; era de una nave — de lo que son todas — que venía destrozada y sin provisión; decía lo de: « Este es el puerto »; llamaba a la gente *senado*; pedía perdón de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un vítor de rezado (87), y al fin parecí bien en el teatro. Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos

y sabios, y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo antes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega y Ramón (88), no había otra cosa. Al fin, la comedia se hizo el primer día, y no la entendió nadie; al segundo empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salía yo armado y con rodela, que si no, a manos de mal membrillo, tronchos y badeas acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecía la comedia, porque traía un rey de Normandía sin propósito en hábito de ermitaño, y metía dos lacayos por hacer reir, y al desatar de la maraña no había más de casarse todos, y allá vas. Al fin tuvimos nuestro merecido. Tratamos mal al compañero poeta; y yo, diciéndole que mirase de la que nos habíamos escapado, y escarmentase, díjome que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso de uno, y otro de otro había hecho la capa de pobre, de remiendo; y que el daño no había estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacían comedias, todo les obligaba a restitución, porque se aprovechaban de cuanto habían representado, y que era muy fácil; y que el interés de sacar trecientos o cuatrocientos reales les ponía a aquellos riesgos. Lo otro, que como andaban por esos lugares, y les leen los unos y otros comedias, tomá-

(86) *Loa*: Composición corta que se recitaba antes de la comedia.

(87) *Vítor de rezado*: Un viva por haber recitado bien.

(88) *Ramón*: Fray Alonso Ramón, poeta dramático celebrado por Cervantes y Lope.

banlas para verlas, y hurtábanselas, y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decían que era suya. Y declaróme como no había habido farsantes jamás que supiesen hacer una copla de otra manera.

No me pareció mal la traza, y yo confieso que me incliné a ella por hallarme con algún natural a la poesía, y más que tenía ya conocimiento con algunos poetas, y había leído a Garcilaso; y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y la farsanta y representar, pasaba la vida; que pasado un mes que había que estábamos en Toledo haciendo muchas comedias buenas, y también enmendando el yerro pasado — que con esto ya yo tenía nombre, y había llegado a llamarme *Alonsete*, porque yo había dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el *Cruel*, por serlo una figura que había hecho con gran aceptación de los mosqueteros (89) y chusma vulgar — tenía ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendían sonsacar de la compañía. Hablaba ya de entender de la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendía los gestos a Pinedo (90), daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonito a Morales, pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias (91). Si alguno venía a leer comedia, yo era el que la oía. Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico, y luego hice un entremés, y no pareció mal.

Atrevíme a una comedia, y por-

que no escapase de ser divina cosa, la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimías; había sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces con su *bu, bu* al salir, y *ri, ri* al entrar. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de *Satán* en las coplas, y el tratar luego de si cayó del cielo, y tal. En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien. No me daba manos a trabajar, porque acudían a mí enamorados, unos por coplas de cejas, y otros de ojos; cuál de manos, y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio, aunque como había otras tiendas, porque acudiesen a la mía hacía barato. ¿Pues villancicos? Hervía en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban a pura oración — ocho reales de cada una —; y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonora, que provocaba a gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Verbo humanal,
Hija del Padre divino,
Dame gracia virginal, etc.

Fuí el primero que introdujo acabar las coplas, como los sermones, con *aquí gracia y después gloria*, en esta copla de un cautivo de Tetuán:

Pidámosle sin falacia
Al alto Rey sin escoria,
Pues ve nuestra pertinacia,

(89) *Mosquetero*: El populacho.

(90) *Pinedo, Sánchez y Morales*: Famosos actores.

(91) *Apariencias*: Decoraciones y tramoyas.

Que nos quiera dar su gracia,
Y después allá la gloria. Amen.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero, y tal, que casi aspiraba ya a ser autor (92). Tenía mi casa muy bien aderezada, porque había dado — para tener tapicería barata — en un arbitrio del diablo, y fué de comprar reposteros (93) de tabernas y colgarlos. Costáronme veinte y cinco o treinta reales; eran más para ver que cuantos tiene el rey, pues por estos se veía de puro rotos, y por esos otros no se verá nada.

Sucedíome un día la mejor cosa del mundo, que, aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogía en mi posada, el día que escribía comedia, al desván; y allí me estaba y allí comía. Subía una moza con la vianda y dejábamela allí. Yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que, a la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera — que era angosta y oscura — con dos platos y olla, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia; y decía :

Guarda el oso, guarda el oso,
que me deja hecho pedazos,
y baja tras ti furioso.

¿Qué entendió la moza — que era gallega — como oyó decir « baja tras ti » y « me deja »? Que era verdad y que la avisaba; va a huir, y con la turbación pí-

sase la saya y rueda toda la escalera; derrama la olla y quiebra los platos, y sale dando gritos a la calle, diciendo que mataba un oso a un hombre. Y por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y aun contándoles yo como había sido ignorancia de la moza — porque era lo que he referido de la comedia — aun no la querían creer. No comí aquel día; supiéronlo los compañeros, y fué celebrado el cuento en la ciudad. Y de estas cosas me sucedieron muchas mientras perseveré en el oficio de poeta y no salí del mal estado.

Sucedió, pues, que mi autor — que siempre paran en esto — sabiendo que en Toledo le había ido bien, le ejecutaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la cárcel; con lo cual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte. Yo — si va a decir verdad — aunque los compañeros me querían guiar a otras compañías, como no aspiraba a semejantes oficios, y el andar en ellos era por necesidad, viéndome con dineros y bien puesto, no traté más que de holgarme. Despedíme de todos; fuéronse, y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo ha v. m. por enojo, di en amante de red (94), como cofia, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galán de monjas. Tuve ocasión para dar en esto, teniendo yo entendido que era la diosa Venus una monja, a cuya petición había hecho muchos villancicos, que se me aficionó

(92) *Autor* : Director de compañía.

(93) *Repostero* : Paño cuadrado con las armas del señor.

(94) *Red* : Los enrejados del convento.

en un auto del Corpus, viéndome representar un san Juan Evangelista. Regalábame la mujer con cuidado, y habíame dicho que sólo sentía que fuese farsante — porque yo había fingido que era hijo de un gran caballero — y dábala compasión. Al fin, me determiné de escribirla el siguiente papel:

« Más por agradar a v. m. que por hacer la que me importaba, he dejado la compañía; que para mí cualquiera sin la suya es soledad: ya seré tanto más suyo cuanto soy más mio. Avíseme cuándo habrá locutorio, y sabré juntamente cuándo tendré gusto, etc. »

Llevó el billete la andadera. No se podrá creer el grandísimo contento de la buena monja sabiendo mi nuevo estado. Respondióme de esta manera:

RESPUESTA

« De sus buenos sucesos antes aguardo los parabienes que los doy, y me pesara de ello a no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí; no resta ahora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy; pero no deje de venirse v. m. a vísperas; que allí nos veremos, y luego por las vistas, y quizá podré yo hacer alguna pandilla (95) a la abadesa. Y adiós. »

Contentóme el papel, que realmente la mujer tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí, y púseme el vestido con que solía hacer los galanes en las comedias.

Fuíme luego a la iglesia, recé, y luego empecé a repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos para ver si parecía; cuando Dios y en hora buena — que más era diablo y en hora mala — oigo la seña antigua; comienzo a toser, y andaba una tosidura de Barrabás: remedábamos un catarro, y parecía que habían echado pimienta en la iglesia. Al fin, yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma a la red una vieja tosiendo, y echo de ver mi desventura, que es peligrosísima seña en los conventos; porque como es seña a las mozas, es costumbre en las viejas; y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiñón y sale una lechuza. Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas; oílas todas; que por esto llaman a los galanes de monjas *solemnes* enamorados, por lo que tienen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás. No se creará los pares de vísperas que yo oí; estaba con dos varas de gaxnate más del que tenía cuando entré en los amores, a puro estirarme para ver. Fuí gran compañero del sacristán y monacillo, y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecía que almorzaba asadores, y que comía virotos.

Fuíme a las vistas, y allá — con ser una plazuela bien grande — era menester enviar a tomar lugar a las doce, como para comedia nueva (96); hervía en devotos. Al fin me puse donde pude, y podíanse ir a ver por cosas raras las diferen-

(95) *Pandilla*: Liga o unión que hacen algunos para engañar a otros o hacerles algún daño (Dicc. Aut.).

(96) Los teatros se abrían a esa hora; la comedia empezaba a las dos.

tes posturas de los amantes : cuál sin pestañear los ojos, mirando; cuál, con su mano puesta en la espada y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro, alzadas las manos y extendidos los brazos a lo seráfico; cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüña, sin hablar palabra, la enseñaba a su querida las entrañas por el gáznate; otro, pegado a la pared, dando pesadumbre a los ladrillos, parecía medirse con la esquina; cuál, se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como a macho; otro con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecía que llamaba al halcón. Los celosos era otra banda : éstos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando a ellas; otros, leyendo coplas y enseñándoselas; cuál, para dar picón (97), pasaba por el terrero (98) con una mujer de la mano, y cuál hablada con una criada echadiza (99), que le daba un recado. Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también; porque las vistas era una torrecilla llena de rendijas toda, y una pared con deshilados, que ya parecía salvadera, ya como de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas (100): allí se veía una pepitoria (101), una mano, y acullá un pie; en otra parte había cosas de sábado (102), cabezas y lenguas, aunque faltaban

sesos; a otro lado se mostraba buhonería : una enseñaba el rosario; cuál mecía el pañizuelo; en otra parte colgaba un guante; allí salía un listón verde; unas hablaban algo recio, otras tosían; cuál hacía la señal de los sombreros, como si sacara arañas ceceando. En verano es de ver cómo no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas a ellas tan crudas y a ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle a uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape ni lluvia que se nos pase por alto; y todo esto al cabo es para ver una mujer por red y vidrieras, como hueso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula si habla, y si calla de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan a cabeas, un paloteadico con los dedos; hincan las cabeas en las rejas y apúntanse los requiebros por las troneras. Aman al escondite. ; Pues verlos hablar quedito y de rezado, sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente; y lo que mejor es, ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo! Al fin, yo llamaba ya señora a la abadesa, padre al vicario y hermano al sacristán : cosas todas que con el tiempo y el curso al-

(97) *Picón* : Resentimiento, pique.

(98) *Terrero* : calle o campo frente a la casa, por donde paseaban los galanes.

(99) *Echadizo* : Enviado engañoso.

(100) *Brújula* : « ... Es el agujerito de la puntería de la escopeta... » Covarrubias.

(101) *Pepitoria* : « Guisado de pescuezos y alones del ave. » Covarrubias.

(102) Día de media abstinencia.

canza un desesperado. Empezáronme a enfadar las torneras con despedirme y las monjas con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que a otros se da tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veía que me condenaba a puñados, y que me iba al infierno por solo el sentido del tacto. Si hablaba, solía — porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas — juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba tan bajo, que no me podía comprender si no se valía de trompetilla. No me veía nadie que no decía: « Maldito seas, bellaco monjil »; y otras cosas peores.

Todo esto me tenía revolviendo pareceres y casi determinado a dejar la monja, aunque perdiese mi sustento, y determinéme el día de san Juan Evangelista, porque aca-

bé de conocer lo que son monjas. Y no quiera v. m. saber más de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo; y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, trujeron banquetas en lugar de sillas a la iglesia, y muchos pícaros del rastro.

Cuando yo vi que las unas por el un santo, y las otras por el otro trataban indecentemente de ellos, cogiéndola a la monja mía, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ámbar y dulces, tomé mi camino para Sevilla, donde, como en tierra más ancha, quise probar ventura. Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pío lector.

CAPITULO XI

De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme a Indias.

PASE el camino de Toledo a Sevilla prósperamente, porque como ya tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y menor, y tenía la mano derecha encubridora de un dado — pues preñada de cuatro, paría tres —; llevaba provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de moros y ballestilla (103); y así no se me escapaba dinero. Dejo de referir otras muchas flores, porque a decirlas todas, me tuvieran más por ramillete que por hombre, y también porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres; mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.

No te fíes, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela; guarda el naipe de tocamientos, raspados o bruñidos, cosa con que se conocen los azares (104). Y por si fueres

pícaro, lector, advierte que en cocinas y caballerizas pican con un alfiler o doblan los azares, para conocerlos por lo hendido; y si tratares con gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fué concebido en pecado, y que con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fíes de naipe limpio, que al que da vista y retiene lo más jabonado es sucio. Advierte que a la carteta (105) el que hace los naipes, que no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que da, y procura que no se pidan cartas o por lo dedos en el naipe o por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de más cosas; éstas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. *Dar muerte* llaman quitar el dinero, y con propiedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la

(103) *Garrotes de moros y ballestilla* : Trampas o flores del juego de cartas.

(104) *Azar* : La suerte contraria.

(105) *Carteta* : Juego.

entienden; *dobles* son los que acarrearán sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas; *blanco* llaman al sano de malicia y bueno como el pan, y *negro* al que deja en blanco sus diligencias.

Yo, pues, con este lenguaje y estas flores llegué a Sevilla: con el dinero de las camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida y dineros a los huéspedes de las posadas. Fuíme luego a apearse al mesón del Moro, donde me topó un condiscípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y ahora se decía — por parecerle nombre de poco ruido — Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habían dado, concertaba tamaño y hondura de las que había de dar; decía: « No hay tal maestro como el bien acuchillado »; y tenía razón, porque la cara era una cuera y él un cuero. Díjome que me había de ir a cenar con él y otras camaradas, y que ellos me volverían al mesón.

Fuí, llegamos a su posada, y dijo: « Ea, quite la capa vucé, y parezca hombre; que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porque no lo tengan por maricón, abaje ese cuello y agobie de espaldas, la capa caída — que siempre andamos nosotros de capa caída — y ese hocico de tornillo, gestos a un lado y a otro; y haga vucé de la *j*, *h*, y de la *h*, *j*; y diga conmigo: *jerida*, *mojino*, *jumo*; *pahería*, *mohar*, *habalí* y *harro* de vino. » Tomélo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y en lo

largo no se llamaba espada, que bien podía. « Bébase — me dijo — esta media azumbre de vino puro; que si no da vaharada no parecerá valiente. » Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro de ellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando a lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros empinados sobre las frentes, altas las faldillas de delante, que parecían diademas, un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas, las conteras en conversación con el calcañar derecho, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buídos a lo cuerno, y barbas turcas, como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego a mi amigo le dijeron — con voces mohinas, sisando palabras —: « Seidor (106). » « So compadre », respondió mi ayo. Sentáronse; y para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró a Matorrales, y abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo, me señaló; a lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hacia abajo; y con esto, con mucha alegría se levantaron todos, y me abrazaron e hicieron muchas fiestas, y yo de la propia manera a ellos, que fué lo mismo que si catara cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar; vinieron a servir a la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llaman *cañones*. Sentámonos todos juntos a la mesa: aparecióse luego el alcaparrón, y con esto empezaron — por bienvenido — a beber a mi honra, que yo de ninguna manera, hasta que la

(106) *Seidor*: Servidor.

vi beber, no entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón: contentóme la penadilla (107). A dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis a brindis veinte o treinta sin confesión. Recetáronsele al asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez (108). Ya a mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando a la luz: « Por esta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto. » Levantóse entre ellos alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron, poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dijeron: « Así como bebemos este vino, hemos de beber la sangre a todo acechador. » « ¿ Quién es este Alonso Alvarez — pregunté, — que tanto se ha sentido su muerte? » « Mancebo — dijo el uno — lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. Vamos; que me

retientan los demonios. » Con este salimos de casa a montería de corchetes.

Yo, como iba entregado al vino, y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponía. Llegamos a la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas, la embistieron. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malas ánimas al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus pies, y apeló por la calle arriba dando voces; no lo pudimos seguir, por haber cargado delantero. Y al fin nos acogimos a la iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia, y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascós. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huído el alguacil de un racimo de uva, que entonces lo éramos nosotros. Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores; súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina (109), y a pocos días era rabí de los otros rufianes. La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábanos la puerta; pero con todo, de media noche abajo rondábamos disfrazados.

(107) *Penadilla*: Vasija usada antiguamente para beber, estrecha de boca.

(108) Criminales que perecieron ajusticiados y que gozaron de renombre en su época.

(109) *Jacarandina*. Rufianesca o junta de rufianes o ladrones.

Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme — no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador — determiné, consultándolo lo primero con la Grajales, de pasarme a

Indias con ella, a ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte. Y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.

FIN

Francisco de QUEVEDO y VILLEGAS.

**¿ QUÉ PIENSA
USTED DE...**

La Novela
ESPAÑOLA

Un periódico :-

« La obra meritísima realizada por esta Editorial poniendo al alcance del más modesto bolsillo, magníficas obras de nuestros clásicos y relatos cautivadores de los maestros contemporáneos de la novela corta, culmina con la aparición de « La Vida del Buscón » que cierra con broche de oro este primer año de su existencia. »

« *L'Espagne Républicaine* »,
Toulouse.

Un profesor :-

« Je ne puis que vous féliciter de l'heureuse idée que vous avez eue en entreprenant de telles publications. Nous sommes souvent embarrassés pour donner à nos élèves des ouvrages à lire en dehors de nos textes d'examen. »

J. Guerra,
Professeur à l'Institution Montesquieu,
à Libourne (Gironde).

Un lector :-

« Estoy interesadísimo por « La Novela Española » que recibo puntualmente. La obra que realizáis, en medio del caos actual, es digna de todo elogio. Por mi parte me complazco en felicitaros. »

Vicente Núñez,
Ginebra (Suiza).

LOS MAS CÉLEBRES AUTORES ESPAÑOLES

HACEN DE

La Novela ESPAÑOLA

UNA COLECCION DE
ALTO VALOR LITERARIO
PARA TODOS

**CAMPOS Y HOMBRES
de España**

La Novela
ESPAÑOLA
REVUE BIMENSUELLE

N° 3



Antonio Machado 30

La Novela
ESPAÑOLA
REVUE BIMENSUELLE

5



LOPE de VEGA 35

FUENTE OVEJUNA

NADA MENOS
que todo un hombre



Miguel de
Unamuno

La Novela
ESPAÑOLA

25

REVUE LITTÉRAIRE BI-MENSUELLE

Le gérant : Th. SAN JOSÉ

IMPRIMERIE PORTES & SAN JOSÉ, 41, ROUTE D'AGDE, TOULOUSE (HTE-GNE)

IMPRIMÉ EN FRANCE

Dépôt légal 2^e trimestre 1948